

TED DEKKER
& ERIN HEALY

Ella te roba más que el corazón

beso

Después que un accidente automovilístico pone a Shauna McAllister en coma y borra seis meses de su memoria, ella regresa al hogar de su niñez para recuperarse, pero su llegada estuvo llena de confusión.

Su padre distante, un senador postulando a la Casa Blanca, y su madrastra abusiva culpan a Shauna por la tragedia, la cual ha dejado a su amado hermano con el cerebro severamente dañado.

Apoyándose en Wayne Spade, un amante olvidado pero esperanzado que se queda a su lado, Shauna trata de entender bien lo que sucedió esa noche avivando su memoria. En cambio, ella adquiere una capacidad mental misteriosa que la llevará a la verdad o la muerte a manos de gente que trata de ocultar la verdad.

En este juego a ciegas, Shauna está segura solo de una cosa: si ella recuerda, se muere.

Mima tu historia, ¿quién más podría?
Promete que volverás más tarde.

JEREDITH MERRIN, *FAMILY REUNION*

Y acuérdate de que fuiste siervo en Egipto...

DEUTERONOMIO 16.12

Prólogo

La vista desde la ventana de mi terapeuta es normal y corriente. Cuatro pisos más abajo, el asfalto del aparcamiento se ondula bajo las olas del calor abrasador del verano de Texas. Permanezco aquí frente a este paisaje porque es más fácil que mirar a los dos hombres que están en el despacho detrás de mí. Ahí está mi apreciado Dr. Ayers, el espíritu más sabio que he encontrado jamás. Debe tener unos ochenta años, a juzgar por su arrugada piel del color del chocolate y su cabellera blanca como el algodón, aunque sea tan ágil como un quinceañero. Mi querido hermano, Rudy, también está aquí. Él me ha mantenido atada a mi cordura y debe haberse ganado la santidad con ello.

Rudy viene a estas sesiones porque sabe que le necesito.

Vengo (igual que he estado viniendo durante semanas) porque estoy intentando dejar mi pasado atrás.

Pero hoy estoy aquí porque esta noche veré a mi padre por primera vez en cinco meses. En el mejor de los casos, mis encuentros con Landon son bastante difíciles. Siempre terminan igual, con los ánimos encendidos, palabras ásperas y heridas abiertas. Pero esta noche debo hacer frente a Landon. No sobre mi pasado, sino sobre su futuro.

Sí, he llamado a mi padre por su nombre de pila. La distancia que eso crea entre nosotros me ayuda a aliviar mi dolor.

—Así que tu dilema —dice el doctor Ayers detrás de mí— es que temes que las consecuencias de enfrentarte a él sean peores que las de permanecer en silencio.

Asiento al cristal de la ventana.

—Por supuesto, preferiría evitarlo todo. Incluso Rudy piensa que debería esperar hasta que supiese... más. Pero si estoy en lo cierto, y no me defiendo ahora... ¿Por qué estoy aquí? He hecho una montaña de un grano de arena y estoy haciéndole perder el tiempo a todo el mundo. Debo dejar esto atrás. —Probablemente Landon no quiera siquiera escucharme. No de la manera en que él te escucha a ti, Rude.

—También te escucha a ti —dice Rudy. Él siempre ve el lado positivo.

La verdad es que Landon no me escucha. Sin embargo, Rudy, subdirector de la campaña electoral del senador Landon McAllister para la presidencia de Estados Unidos, sigue los pasos del hombre y de esa manera obtiene toda su atención. Además, Rudy no se parece en nada a nuestra madre, no como yo. Mamá era una preciosa belleza guatemalteca con la tez del color del café. Yo heredé su personalidad y su aspecto desde el día en que comenzó a crecerme esta oscura y gruesa melena negra. Aún hoy llevo el pelo corto y suelto, como ella hacía. Tengo su cuerpo alargado, sus grandes zancadas, su risa.

Contra todo pronóstico, los recesivos genes irlandeses de nuestro padre ganaron la batalla genética con Rudy. En cuanto a mí, siempre he creído que a mi padre le resulta penoso mirarme.

—Y no creo que ella deba restarle importancia —dice Rudy al terapeuta—. Creo que Shauna debe andar con mucho cuidado. Hay que intentar no agotar todas las posibilidades con papá, si se puede evitar. Si ella tiene razón, que Dios nos ayude.

Al final me giro para mirar a mi hermano.

—No es mi propósito acabar con nada, Rudy, aunque nunca llegue a tener lo que tú tienes con Landon.

Esta verdad me duele más que la de aquello que he descubierto. Y eso que he descubierto, aunque en parte

sea posible, es monstruoso.

El dolor de cabeza por la tensión acumulada que comenzó arriba del todo de mi columna extiende sus dedos hacia mi nuca. Es posible que el malestar que siento ahora mismo surja de donde yo sospecho, o tal vez tenga su raíz en mi certeza de que él volverá a rechazarme esta noche.

Sí, estoy casi segura de que tengo náuseas por la posibilidad de otro rechazo.

Nunca olvidaré la primera vez que mi padre me dio la espalda, aunque la segunda vez fue aún más dolorosa, y aunque todas las veces desde entonces se han unido para provocarme un terrible y punzante dolor de cabeza.

Rudy fue la causa involuntaria del primer abandono de Landon. Mi hermano vino al mundo cuando yo tenía siete años, y nuestra madre murió diecinueve minutos después de dar a luz. Recuerdo que se me cortó la respiración cuando escuché que ella se había ido. Sinceramente, pensé que a lo mejor me había muerto yo también aquellas pocas horas, mi madre y yo, ambas muertas el mismo día por culpa del bebé.

Mi padre dijo que era culpa de Dios, aunque parecía que me culpaba a mí de la muerte de mamá. Supongo que yo era el blanco más fácil.

Después de que el médico nos comunicase la desoladora noticia, mi padre se apartó mascullando algo acerca de mi tío y se llevó a Rudy fuera del hospital sin mí. El tío Trent me encontró dos horas después, escondida detrás de un sillón de la sala de espera.

La verdad no solamente hiere, sino que avergüenza: en aquel momento deseé que Rudy estuviera muerto. El día que estuve junto al ataúd de mamá me pregunté qué le pasaría a Rudy si apretase su pequeña carita contra aquella suave manta de color azul. Deseaba que el equilibrio del universo estuviera dispuesto a devolverme a mamá.

Me llevó solo una noche comprender que el corazón de Rudy había sido destrozado en más pedazos que el mío

propio. Las lágrimas que lloré por mamá venían de un pozo que no podía secarse. Aquella noche le di un biberón de leche tibia y me lo llevé a mi cama, prometiendo que guardaría viva la memoria de mamá en aquel niño pequeño que nunca la conocería.

Ahora tengo veintiocho años, y he tardado en darme cuenta de que las heridas del rechazo no se curan con el tiempo. Se abren de nuevo al menor toque, tan profundas como la primera vez que fueron infligidas. El dolor es tan real como una riada de las que irrumpen en la estación húmeda aquí en Austin, incontenible e imparable.

El dolor, incluso cuando consigo entumecerlo con éxito, me ha mantenido alejada de la gente y de Dios. De vez en cuando me paro a pensar en lo irónico de todo eso: cómo fue que el Dios de mi madre, que una vez me pareció tan real y confortante, se las arreglara para morir cuando ella lo hizo.

Demasiadas muertes en una sola noche.

Y aquí estoy yo, esperando de nuevo a una de estas noches. La muerte de la esperanza. Durante gran parte de mi vida, el odio hacia mi padre y la esperanza de conseguir su cariño han llevado una coexistencia estresante en el interior de mis costillas.

Estoy llorando y ni siquiera me he dado cuenta de cuando he empezado. La voz del doctor Ayers es dulce:

—¿Crees que tu padre está relacionado con este asunto que estás investigando?

La pregunta que se esconde detrás de esta pregunta apuñala el poco espacio sensible de amor por Landon que aún conservo. *¿Crees que tu padre es culpable de algo más aparte de hacerte daño? ¿Te importa más la verdad o el pasado?*

De alguna manera, me importan ambos. *¿Acaso es eso posible?*

—Creo que es capaz. Más que eso... —Me sorbo la nariz—. No lo sé aún. Es muy pronto, aunque en algún mo-

mento lo sabré. Muy pronto.

El doctor Ayers se recuesta sobre su sillón de cuero y entrecruza las arrugadas manos sobre su delgado estómago.

—Cuéntame: ¿qué quieres conseguir con este enfrentamiento?

Me asaltan muchas posibles respuestas. Quiero estar equivocada, de hecho. Quiero que Landon me cuente que ninguna de mis sospechas es verdad. Quiero que mi padre me asegure que no tengo nada de lo que preocuparme, que él es un hombre íntegro que nunca haría nada tan estúpido ni tan dañino. Nada como lo que ha hecho.

Los ojos de Rudy bordean mi cabeza, y la verdad de lo que realmente quiero me golpea en el estómago. Camino hacia mi silla y me siento.

—Quiero derribarlo —digo después de pensármelo un momento—. Quiero que sepa cómo te hace sentir la traición. Quiero recuperarlo.

Mis lágrimas se vuelven sollozos. No puedo evitarlo. No puedo parar.

Rudy pone su mano en mi rodilla. No para rogar que deje de llorar, sino para recordarme que él está a mi lado.

El odio hacia mi padre no se convirtió en parte de mi vida hasta la segunda ocasión en la que me dio la espalda.

Yo tenía once años. Patrice había sido mi madrastra durante tres días cuando asumió mi educación, con el permiso de Landon. Había reclamado a Rudy, y me tuvo a mí.

Su manera de educarme, si se le puede llamar eso, incluía encerrarme en armarios y quemar los álbumes de recortes que mi madre me había hecho, y negarse a alimentarme más de un día entero. Según me hacía mayor, dejé de tratar de encontrarle sentido a aquel comportamiento y sencillamente me volví más desafiante. Ella respondía gradualmente con medidas más extremas. No escondíamos nuestro rencor mutuo.

Sospecho que también le recordaba a mi madre.

Sin embargo, cuando se volvió suficientemente descarada como para pegarme y quemarme, me derrumbé y se lo conté a Landon. Le mostré las quemaduras triangulares del interior de mi brazo derecho, causadas por la plancha de Patricia como castigo por no sacar mi ropa limpia de la secadora antes de que se arrugase.

Landon me entregó un tubo de pomada y se dio la vuelta, diciendo:

—Si alguna vez llegas tan lejos como para mentir sobre mi mujer de nuevo, yo mismo te curaré eso. Y no te gustará.

Mi mujer. Él siempre llamaba a mamá *mi amor*.

El doctor Ayers no hace ningún intento por calmarme. Antes ha dicho que llorar es el mejor bálsamo. Al final, hurgo en mi mente para encontrar las palabras que justifiquen lo que acabo de decir.

—Si Landon paga por lo que ha hecho, le pondré fin.

—¿A qué? —dice el doctor Ayers.

—A mi pasado.

Se toma unos minutos para responder. Rudy saca de la nada un pañuelo e intento recomponerme.

—Así que dices que bloquear tu acceso al pasado es lo que necesitas para continuar con tu vida.

Hay algo más que un intento de claridad en el tono del doctor Ayers (tal vez un desafío).

—Sí —me sueno la nariz con el pañuelo—. Eso es exactamente lo que digo. Quiero dejar atrás mi pasado.

—Causándole a tu padre aquello que él te ha causado a ti. Traicionándolo, dices.

—No. Forzándole a que me recuerde.

—¡Ah! Ya veo. Así que cuando él te recuerde tú habrás conseguido tu objetivo y podrás olvidar tu pasado.

Sus palabras me llenaron de confusión. De la manera en que él lo decía parecía que estuviese totalmente equivocada. Pero en mi cabeza mi objetivo está (estaba) claro. ¿No

es así como funciona? ¿Superar el pasado, conseguir justicia, hacer que el dolor desaparezca?

—Algo así —digo.

El doctor Ayers asiente con la cabeza, lo ve todo mucho más claro ahora. Se levanta y da la vuelta al escritorio, se apoya en la parte de delante y se inclina hacia mí.

El doctor alarga su vieja mano y la apoya en mi hombro.

—¿Te importaría que te diese una teoría alternativa para que la considerases?

Francamente, no lo sé.

El doctor Ayers se incorpora:

—Es posible que tu plan solo consiga hundirte más aún en el dolor de tu pasado, no separarte de él.

Mi confusión aumenta.

—¿Entonces, cómo sugieres que deje mi pasado atrás?

—Ya está detrás de ti, cariño. Y ahí será donde se quede para siempre. No puedes hacer que desaparezca...

—Pero quiero que lo haga. Y creo que puedo hacerlo.

—¿Causando más dolor? Esas matemáticas no son lógicas.

—Pero, simplemente, ¿no puedo ignorarlo!

—No, eso es verdad.

—Pero opinas que no debería enfrentarme a Landon.

—Oh, no estoy juzgando lo que debas hacer, Shauna. Solamente hablo de tus motivaciones. ¿Qué es lo que realmente quieres?

—*Olvidar*. Quiero olvidar cada pequeño y punzante detalle provocado por personas que se suponía que me *querían*. Quiero que alguien saque estos recuerdos de mí.

El doctor Ayers me apunta con el dedo, sonriendo.

—Yo me sentí así una vez.

Respiro hondo, tranquilizándome.

—¿Sabes que era reverendo antes de empezar a ayudar a la gente aquí? —Señala su modesta oficina—. Un tipo de pastor diferente, pero no por ello menos valioso. Expulsado de mi púlpito por unos tipos que decían que amaban a

Dios, pero que odiaban a sus hijos negros. Pasé muchos años sintiéndome como tú te sientes ahora, creyendo que si lo miraba con suficiente perspectiva encontraría la manera de borrarlos a ambos, la plaga de mi memoria y la apesotosa gente a la que creía responsable de mi dolor. —Se inclina de nuevo hacia mí, usurpando mi espacio—. Pero descubrí algo mejor. Shauna, tu historia pasada no es menos importante para tu supervivencia que tu habilidad para respirar. Al final, solamente puedes decidir entre saturar tus recuerdos con dolor o con perspectiva. Olvidar no es una opción. Te estoy diciendo la verdad: el dolor no es el plan que tiene Dios para tu vida. Es una realidad, pero no es parte de ese plan.

Exhalo.

—Ahora mismo Dios y yo no estamos en situación de hablar. Y menos aún sobre sus planes para mi vida.

—Dolor o perspectiva, Shauna. Eso es todo lo que tienes bajo tu control.

Dejo caer la cabeza entre mis manos, estando ahora más segura que nunca de que absolutamente nada está bajo mi control.

A pesar de la advertencia del doctor Ayers, decidí hablar con Landon aquella misma noche. Sin reparar en las consecuencias (un final para mí o más dolor para él), esperaba que la verdad contase para algo.

En vez de eso, cuando llegó el momento, tropecé sobre mis propias palabras. Landon se creía muy listo y llevaba ventaja desde el principio. En vez de mantenerme firme, me ofendí por algo que él dijo. No puedo recordarlo ahora con exactitud, algo acerca de que el mundo es de los hombres, y cuando intenté encauzarlo de nuevo me echó por tierra con un par de malas palabras.

Así que aquí estoy una vez más, conduciendo a toda velocidad, de noche, por una carretera mojada, huyendo de otra pelea con Landon. Y como ha hecho tantas otras ve-

ces, Rudy me ha acompañado para calmar mi temperamento explosivo. Sonríe ligeramente mientras yo despotrico. Algunas veces creo que me encuentra entretenida.

El zumbido de los neumáticos besando el asfalto mojado me suaviza el ánimo.

—No sé por qué le he dejado que se volviese contra mí así, Rudy.

—Te has manejado bien. Pensaba que habías mostrado mucho autocontrol.

—Pero no el suficiente.

—De acuerdo, no el suficiente.

La verdad no hace que Rudy se inmute. Mi coche va cuesta abajo hacia un puente que lleva al este de Austin.

—En el fondo, papá se preocupa por ti, tú lo sabes.

Miro a Rudy. No, no lo sabía. Al igual que él tampoco sabe de mi terror a la plancha de Patrice. Se lo conté al doctor Ayers, pero no a Rudy. Él y Patrice se llevan bastante bien.

—¿Y por qué cosas se preocupa?

¿Por la relativa inseguridad de mi pequeño coche? ¿Por la salud de mi corazón?

Mi corazón está aún más magullado que la piel detrás de mis brazos.

Así que, ¿por qué nunca he dejado de esperar? Deseando solamente que Landon...

—¡Cuidado!

El grito de Rudy llega en el mismo momento en que las luces de otro vehículo me deslumbran. Todo pasa tan rápido que no tengo tiempo siquiera para pensar si girar el volante o parar.

Se escucha un claxon, unas voces gritan, y luego el terrible sonido del metal haciéndose pedazos contra el metal.

Papá...

Es la última súplica de ayuda que inunda mi mente antes de que el mundo acabe.



Se cambió el móvil de oreja y miraba fijamente la entrada del hospital a través de la ventanilla de su coche. Las luces del aparcamiento estaban todavía encendidas, aunque el amanecer había irrumpido en el horizonte detrás de él.

—Ha estado en quirófano seis horas —dijo—. Hemorragia interna.

—¿Dónde está ella *ahora*?

—En una habitación privada.

—Pero todavía está en coma, ¿no?

—Sí.

Era irónico que Shauna McAllister hubiera esquivado la muerte para acabar en coma.

—Fácilmente puedo llegar ahora hasta ella. Estará muerta en una hora.

—No. Cambio de planes. Nuestras manos están atadas. Te lo explicaré más tarde, pero por ahora es mejor que permanezca con vida.

—Ella es un riesgo demasiado grande como para...

—¿Cuál es su pronóstico?

—Demasiado pronto para saberlo. Puede quedarse en coma tanto un día como un año.

—O para siempre. Incluso si se recupera tendrá daño cerebral.

—Sí, es posible.

—Así que por ahora que permanezca con vida. No es una amenaza mientras esté inconsciente.

—¿Y cuando vuelva en sí?

—Con un poco de suerte, lo habrá olvidado todo.

—Yo no hago negocios con la suerte.

—Pues los harás hoy. Como he dicho, nuestras manos están atadas. Su estado nos hace ganar tiempo. Llamaré al doctor Carver; seguramente nos dé algunas opciones. Si tenemos que cambiar de rumbo, lo haremos más tarde.

—¿Y qué pasa si ella recuerda?

—Si lo hace, muere.

Capítulo 1

SEIS SEMANAS MÁS TARDE

La pesadilla de morir en un agua oscura empañaba las horas del sueño más profundo que Shauna McAllister hubiera experimentado nunca. En un bucle eterno se hundía, se ahogaba y, de alguna manera, era resucitada solo para hundirse y ahogarse de nuevo, una y otra vez, en un terror sin fin. Siempre la misma lucha, siempre la misma búsqueda desesperada de una bocanada de aire. Siempre la misma intensa agonía durante la misma cantidad de tiempo antes de que las imágenes de su mente se atenuasen.

Luego un parpadeo, y de nuevo a la vida.

Despiadado, agotador.

Le dolía el estómago como si cientos de cuchillos se lo rebanasen, cortando siempre la cantidad necesaria para raspar, sangrar y escocer. El agua helada no era suficiente anestésico.

No podía recordar dónde estaba ni cómo había llegado hasta allí.

¿Por qué no estaba su padre con ella? ¿Adónde se había ido Rudy?

El agua se cerraba de nuevo sobre su cabeza. Con gusto le daría la bienvenida a la muerte y dejaría que su fatiga se saliese con la suya. Estaba muy cansada.

Algo la tocó. Una mano firme, amable y servicial agarraba su muñeca. En esa lucha hercúlea era toda la fuerza que no podía reunir. Y tanto era así, que en el mismo momento